

Halloween y Carnaval: dos recetas para cocinar una fiesta en el caldero urbano de Bogotá

Carlos Miñana Blasco, 2007
Profesor Universidad Nacional de Colombia
cminanabl@unal.edu.co

Resumen: El trabajo se pregunta por la percepción de la ausencia de una fiesta en la ciudad de Bogotá (Colombia) por parte de sus habitantes y líderes desde hace más de 150 años. Argumenta que desde hace unos 40 años la ciudad tiene una fiesta popular: El Halloween. A través de su seguimiento en la prensa, muestra la forma como se importó y se popularizó hasta constituirse como una celebración intergeneracional e interclasista a finales de los años 70. Analiza la manera en que distintos sectores sociales han intentado apropiarse de ella y definir su sentido, pero cómo conserva su carácter polisémico y abierto. A partir de un trabajo de campo desde 1997, intenta una interpretación del Halloween en Bogotá como ritual y carnaval del consumo capitalista y muestra los cambios de la fiesta en relación con las transformaciones socioespaciales de la ciudad en estos últimos 30 años. Finalmente, se pregunta por el intento de apropiación de dicha fiesta por parte de la actual administración distrital en su esfuerzo por inventar una fiesta popular para la ciudad.

Palabras clave: fiesta, carnaval, Halloween, antropología urbana, Bogotá (Colombia)

Halloween and Carnival: two recipes for brewing a festival in Bogota's urban cauldron

This paper questions why the inhabitants and government of the city of Bogotá (Colombia) perceive that they have been lacking a festival for more than 150 years. It argues that for the past 40 years the city has been celebrating a really popular festival: Halloween. Using a survey study of print periodical media, this paper examines how Halloween was imported and popularized, becoming institutionalized as an intergenerational and interclass celebration by the end of the 1970s. It analyzes how different sectors of society have tried to appropriate the festival and define its meaning, and how Halloween has maintained its polysemic and open-ended character. The study furthermore examines fieldwork on Halloween celebrations in Bogotá undertaken since 1997, and interprets the festival as a capitalist consumer ritual and carnival, and shows how the celebration has changed in keeping with the socio-spatial transformations that have taken place in the city over the past 30 years. Finally, it analyzes the city administration's attempt to appropriate this festival and turn it into a carnival for the city.

Key words: festival, carnival, Halloween, urban anthropology, Bogota (Colombia)

“Hoy que están de moda en las grandes capitales las grandes fiestas, ¿por qué no hemos de tener también la nuestra? Nosotros que somos tan amigos de fiestas, y que a faltas de otras, nos divertimos y solazamos con las de la iglesia ¿no hemos tenido por acá exposiciones de la industria nacional? ¿No tenemos comunistas y socialistas como en Francia? ¿No hemos proyectado hasta un ferrocarril de Bogotá a Facatativa?”

Periódico *El pasatiempo*, Bogotá, 26 de octubre de 1851

“Si Cali y Manizales tienen feria, y Barranquilla y Pasto un carnaval, ¿por qué Bogotá no tiene su propia fiesta? Esa pregunta se la hizo el alcalde de Bogotá Lucho Garzón, y por eso le pidió a su directora de Cultura, Laura Restrepo, que estudiara la posibilidad de que los cachacos tuvieran su propio carnaval. La decisión se tomará en las próximas semanas y en caso de que se apruebe el proyecto, agosto, fecha en que se celebra el cumpleaños de la capital, sería el mes ideal”

Periódico *El tiempo*, Bogotá, 9 de enero de 2004

Bogotá es una de las pocas metrópolis en América Latina que a primera vista no cuenta con una fiesta popular que la identifique, que la integre, que convoque a diferentes generaciones, orígenes y estratos sociales. Como muestra el alcalde Luis Eduardo Garzón en la cita que inicia este trabajo, los bogotanos tienen la percepción de que en su ciudad no existe un carnaval, una fiesta patronal o religiosa, una feria, una fiesta fundacional o política que impacte a la ciudad en su conjunto. En Colombia, por el contrario, la mayoría de las ciudades celebran una o varias fiestas importantes que las movilizan al menos por una semana en el año. Incluso los colombianos y latinos en Nueva York festejan desde hace años el Festival Independencia de Colombia en Queens.

En el proceso de crecimiento de la urbe¹ no se logró que una fiesta local o barrial –como suele suceder– logre expandirse, transformarse, y convocar a toda la ciudad. Podría haber sido la fiesta de reyes, el 6 de enero, que todavía se celebra en los barrios de Egipto y de San Fernando. El carnaval de Riosucio (Caldas), o el de Negros y Blancos de Pasto, dos de

¹ La ciudad de Santafé fue fundada el 6 de agosto de 1538. Según el censo de 1843 Bogotá, ocho años antes del artículo en *El Pasatiempo* que se quejaba de que la ciudad no tenía una fiesta, contaba con 40.086 habitantes, lo que equivalía al 2.07% de la población del país. La población aumentó a 100.000 en 1905 (se duplicó) y a 200.000 en 1927. En el censo de 1985 la población de la capital había aumentado a 4.100.000 y en 1993 llegó casi a 6.000.000. Actualmente cuenta con unos siete millones de habitantes (casi el 17% de la población del país) y una extensión aproximada de 33.000 hectáreas.

los tres carnavales más consolidados del país, surgieron de esta fiesta.² Bogotá tuvo su carnaval a comienzos de siglo, pero no se mantuvo (González Pérez 2005). Tampoco se logró, a pesar de varios y reiterados intentos por parte de las administraciones municipales, imponer y consolidar una fiesta cívica promovida desde la alcaldía o desde el sector privado. Igualmente han fracasado los esfuerzos de las colonias por trasplantar las fiestas regionales a Bogotá, como el carnaval de Barranquilla por parte de los caribeños –con su desfile en la Carrera 15-, o la feria de las flores por los paisas. En el nivel local, con el apoyo de las alcaldías locales, educadores y casas de la cultura, ha habido esfuerzos importantes y logros desde hace unos 20 años por consolidar celebraciones locales en sectores populares caracterizadas por desfiles, conciertos, teatro callejero y una amplia programación cultural.³ El Festival Internacional de Teatro de Bogotá, que se celebra cada dos años desde 1988, se ha querido convertir en la fiesta de Bogotá; pero, aunque hay varios desfiles y teatro callejero, la fiesta se concentra en las salas de teatro y los bogotanos no pasan de ser espectadores, como muy bien dice el slogan de su novena versión en 2004: “un mundo para ver”. Las fiestas patrias nacionales, como el 20 de julio, se reducen en Bogotá a colgar la bandera en las ventanas y a un desfile militar en el centro.

La única fiesta importante es la Navidad, una fiesta religiosa con gran despliegue comercial, con simbolismos cada vez más globalizados, y que –paradójicamente- es de tipo centrípeto, centrada en la familia o, a todo lo más, en la cuadra (Miller 1995).

Por otra parte, para la mayoría de los bogotanos, decretar un día festivo hoy es una invitación no al festejo colectivo, sino a lo que se ha venido llamando “ocio” –nada más alejado del “ocio” que la “Fiesta” (Gil Calvo 1991)-, al éxodo masivo, a abandonar la ciudad hacia la sabana en un día de picnic, en busca del piquete o comida de campo o de los asaderos de carne a la brasa, o hacia “tierra caliente” atraídos por los balnearios y piscinas. Los que no disponen de recursos para viajar –si acompaña un día soleado- ocupan en forma masiva los parques, ciclovías y zonas peatonales en el centro de la ciudad.

² En Miñana (1997) analizo la desaparición de la fiesta de reyes en Popayán y sugiero algunas pistas de transformación y éxito en la población vecina de Pasto al convertirse en carnaval.

³ Ver un inventario de las fiestas en las diferentes localidades en González Pérez (2005, 2006). En Miñana (2002) esbozo el papel de los educadores y los colegios públicos en este fenómeno comparando el caso bogotano con el barcelonés.

En la ciudad proliferan durante todo el año la rumba y los conciertos masivos, en la noche, y en el día las fiestas infantiles y escolares, las celebraciones y peregrinaciones religiosas de diferentes confesiones. Bogotá es una ciudad festiva pero altamente fragmentada y que no se celebra como ciudad en su conjunto.

A finales de los 90 la Alcaldía Mayor de Bogotá encargó a un grupo de investigadores del Observatorio de Cultura Urbana un estudio sobre las fiestas en Bogotá con el fin de explorar y sustentar el diseño de una fiesta para Bogotá. El libro que publicaron los investigadores termina refiriéndose únicamente a la rumba nocturna, en especial la de la zona rosa, y a las celebraciones religiosas en torno a los templos católicos y a los centros de oración evangélicos (Pérgolis, Moreno Hernández, y Orduz G. 1998). La administración del alcalde Antanas Mockus –muy coherente con su propósito de formar a los bogotanos en la “urbanidad”, en la civilidad que requiere una urbe- intentó crear una fiesta popular con el Festival de verano donde los mensajes y simbolismo apuntaban reiteradamente a la convivencia, a la rumba “zanahoria”, autocontrolada, casi “vegetariana”. Se celebra en el Parque Metropolitano Simón Bolívar desde 1997, dura 10 días, y consiste básicamente en una serie de conciertos y algunas actividades de recreación al aire libre. Pero, al igual que pasó con iniciativas de fiestas cívicas anteriores –como la Gran Semana de Bogotá del Decreto del 3 de octubre de 1842 y en general los esfuerzos por secularizar las fiestas religiosas en el siglo XIX que ha analizado el historiador Marcos González (1993)-, no logró arraigo popular, expansión a toda la ciudad, ni continuidad.

Una de las tesis que voy a sustentar en este trabajo -todavía preliminar- es que, aunque los investigadores, los administradores de la ciudad -y pareciera que los bogotanos- no nos hemos dado cuenta todavía, Bogotá ya tiene una fiesta popular “de verdad”. Esta es una fiesta que no está consagrada en el calendario, que se celebra sin que nadie en concreto la convoque, sin que sea un día festivo y aunque las autoridades y los empresarios no concedan el día libre; una fiesta que se organiza sin programa oficial, sin horarios ni protocolo, sin líderes ni organizadores, sin reina ni primera dama, sin desfile ni recorrido oficial, sin diferencia clara entre actores y espectadores, sin presupuesto...; una fiesta en la

que –a manera de guerra de guerrillas, no de desfile ni de gran concentración de masas- millones de personas, bebés, niños, jóvenes, adultos y ancianos –y hasta mascotas- se toman las calles disfrazados y en forma festiva: es el Halloween.⁴

Construyendo un pedigrí

Entre los que la celebran a casi nadie parece interesarle el tema de los orígenes de la fiesta del Halloween del 31 de octubre. Sin embargo la prensa desde comienzos de los años 70 insiste año tras año en publicar una serie de notas -que nadie invoca- sobre sus orígenes celtas, su asimilación definitiva al calendario festivo católico en el siglo IX, su traslado a EEUU y a Canadá por los irlandeses a mediados del s. XIX y su consolidación en ese país en su forma actual hacia 1930, después de muchas vicisitudes y modalidades (Cattabiani 1990) (Bonewits 2004) (Cohen y Coffin 1991) (Skal 2002) (Rogers 2002).⁵ Si bien en el caso bogotano la fiesta del Halloween se implanta por iniciativa de los colegios de elite reproduciendo el modelo norteamericano, la prensa insiste en los posibles vínculos o antecedentes en las celebraciones de “los angelitos” del primero de noviembre, en especial en el Caribe y en el bajo Magdalena (Almarales Díaz 2004). Celebraciones similares se encuentran en todo Iberoamérica. El hecho de que un grupo de niños recorran las calles y visiten las casas pidiendo alimentos mientras entonan un breve estribillo con tono entre

⁴ Desde 1975 que vivo en Bogotá me ha interesado esta fiesta y he participado activamente, pero sólo hasta 1997 iniciamos un trabajo formal de campo con un grupo de estudiantes del Departamento de Antropología de la U. Nacional de Colombia. En 1997 fue el grupo de estudiantes de un curso denominado Fiesta y ritual; en años posteriores, el grupo del curso Taller de Técnicas Etnográficas. En el 2003 se realizó un trabajo colectivo mucho más sistemático, tratando de cuantificar algunos aspectos de la fiesta, aunque no incluimos en este artículo esos resultados por razones de espacio. Agradezco la participación y los aportes de todos los estudiantes, y en especial a Marcela Pinilla, Gisela Castro, Ana M^a Arango, Mauricio Caviedes, Litz Sabogal, Laura Sánchez, Paola Vargas, Edgar Benítez y Luis Carlos Bernal (1997) y a Natalia Robledo, Carlos Palacios, Nurys Silva y Felipe Cabrera (2003), que son los que desarrollaron una labor de procesamiento y análisis de la información más intensiva. Actualmente preparo un libro sobre el tema, del cual este artículo es un avance.

⁵ El trabajo del historiador Nicholas Rogers (2002) muestra las profundas transformaciones de esta fiesta en EEUU y en el Canadá anglosajón en los últimos 150 años, que ha pasado desde ser una festividad hogareña a momentos incluso muy cercanos a un motín juvenil popular con robos y destrucción a finales del XIX y comienzos del XX, y que exigieron fuertes operativos policiales (en esa misma época era apropiada desde otra perspectiva menos reivindicativa por los estudiantes de los *colleges*). Los esfuerzos de las autoridades y de algunos sectores sociales por hacer del Halloween una fiesta “*safe and sane*” no han cesado desde entonces.

jocoso y amenazador, no es una exclusividad celta, irlandesa o norteamericana y se encuentra ampliamente difundido también en el ámbito iberoamericano –incluso en las mismas fechas- por lo menos desde finales del s. XIX (Adell Castán y García Rodríguez 1988) (Cattabiani 1990) (Cohen y Coffin 1991) (Rogers 2002), es decir, antes de su forma actual que se consolida en EEUU a finales de los “veintes” del siglo pasado.

Sin embargo, a pesar de este campo abonado por la tradición hispánica, el Halloween entra a Bogotá –y algunas otras ciudades grandes de Colombia⁶- en los años 50 como importación e imitación literal por parte de las clases altas de las celebraciones en EEUU, en especial en los colegios como el Nueva Granada, el Abraham Lincoln y el Estados Unidos (Muñoz y Pachón 1996:274-275).

“...Las calles de la ciudad tenían ayer un aspecto diferente y en el ambiente reinaba cierto desorden impregnado de alegría infantil. Chiquillos disfrazados, de todas las edades, recorrían residencias y oficinas, en medio de juegos y bullicio, pidiendo dinero para distintos fines... nadie les negó un obsequio más o menos generoso. Y es que los colombianos ya estamos familiarizados con la fiesta del Halloween celebrada por grandes y chicos, desde hace muchos años en otros países y en especial los Estados Unidos” (El Tiempo, Bogotá, noviembre 1 de 1958).

Es decir, el Halloween se inicia en Bogotá como una moda y como un símbolo de distinción y de clase. Así lo da a entender una nota periodística en el periódico *El Tiempo* de 1970 (noviembre 1):

«pues yo lo siento... yo no celebro esas fiestas gringas», fue la contestación de una vieja mal humorada, antes de cerrar la puerta de un golpe (...)

los niños «mayores» en cambio iban en carros haciendo sonar sus pitos y gritando a cada momento ‘halloween’».

Más aún, se percibe como una fiesta modernizante, opuesta a la tradición local, y que genera rechazo de “los tradicionalistas”:

⁶ La historia del Halloween en Colombia está todavía por hacerse. Fuera de Bogotá, únicamente conocemos el trabajo de Almarales Díaz sobre Barranquilla. Allí el Halloween se inició en los clubes exclusivos, a puerta cerrada a finales de los años 50, y posteriormente pasó a celebrarse en los colegios bilingües y de la élite. A mediados de los años 70 los almacenes comerciales empiezan a involucrarse en la celebración (Almarales Díaz 2005).

“Finalmente, y a pesar de los tradicionalistas ésta llegó a Colombia hacia los años setenta” (El Tiempo, octubre 31 de 1986).

La prensa, aunque recoge las protestas de los enemigos de la fiesta, va a cumplir una labor de apoyo a su consolidación, registrando su celebración, presentándola como positiva e invitando a “solidarizarse” con los niños. Los niños, como en otras muchas ocasiones, son utilizados como pretexto para promover o sancionar diferentes iniciativas. En *El Tiempo* de 1973 se etiqueta negativamente a los adultos que no quieren participar con la denominación de “ogro tacañón”.

Las referencias iniciales en la prensa no se sitúan en las portadas sino en las páginas sociales, en los espacios donde se exhibe la vida social de las elites y de los arribistas.⁷ Allí se invita a las señoras –las principales destinatarias y lectoras de dichas páginas- a que compren dulces. Como era de esperarse, la industria de los caramelos y dulces (Colombina, principalmente) es la que va a impulsar comercialmente la fiesta y va a motivar la publicación de notas sociales.⁸ Tanto las notas como los avisos comerciales desde 1970 adoptan un tono didáctico, adecuado a la introducción de una nueva moda:

“...y luciendo vistosos disfraces los niños llegarán a su puerta la noche del 31 de Octubre”

El tono moralizante, preventivo y didáctico de la prensa va a mantenerse durante todos estos años hasta hoy. Por ejemplo, en 1975, se advierte que tanto conductores como padres y niños deben tener un cuidado especial ese día, que deben respetar las normas de “buena educación”

⁷ Con el paso del tiempo el tema va a desbordar las páginas sociales y, a mediados de los años 90, la prensa va a dedicar al Halloween secciones enteras e incluso separatas especiales.

⁸ Colombina es una empresa que en el 2004 cumplió 75 de fundada y que, en buena parte gracias al Halloween “espera ventas por más de 500 mil millones de pesos este año”, no sólo en dulces sino en ramas afines como mermeladas, galletas y helados. “Desde hace más de 30 años [es decir, justo los inicios del Halloween en Colombia], Colombina es líder en el mercado colombiano de dulces, con más del 50 por ciento de participación” (*El Tiempo*, 16 de septiembre de 2004). Colombina, entre 2005 y 2006 aumentó sus ingresos en un 22.4%, con un total de ingresos operacionales de 425 mil millones de pesos en 2006. Otras industrias del ramo son Nacional de Chocolates (con un incremento de sus ingresos en 13% en el 2006) y Casa Luker (con un incremento únicamente del 2.6%), dos empresas más grandes que Colombina, que dominan los chocolates y que están aumentando su participación en la industria de los dulces (ver revista *Cambio*, especial 1.001 compañías de Colombia, abril 30 de 2007).

“Pero... puede que alguna familia no tenga [dulces], o a otras se le acaben muy pronto. Insultar, rayar las paredes, dar patadas, es la peor norma de educación. Hay que recordar que los dulces se dan voluntariamente, pero no hay ninguna obligación para hacerlo”.

Dichas menciones a la “buena educación” y la prevención de conductas y situaciones consideradas como inadecuadas o peligrosas, muestran que desde muy pronto la fiesta se estaba “descontrolando” y adquiriendo unas dimensiones y características que nos hacen recordar los llamados de atención, sanciones y prohibiciones de las autoridades civiles y religiosas desde tiempos inmemoriales respecto a las fiestas y carnavales (López Cantos 1992) o a los motines y destrozos infantiles y juveniles en el Halloween en EEUU desde finales del s. XIX (Rogers 2002).

En 1974 desde la prensa se trata de impulsar el nombre de “Noche dulce” o “Noche de los niños” para la fiesta. Pero ésta, desde sus inicios, no fue solamente una fiesta de los niños, sino también de jóvenes y adultos. Ya vimos, anteriormente, en un periódico de 1970 la mención a los niños “mayores” en carro. En la prensa de 1974 hay abundante propaganda de fiestas privadas en restaurantes y hoteles con concursos de disfraces y la crónica del día siguiente menciona:

“Para el mejor disfraz de los brujos grandes, en una curiosa fiesta que un grupo de jóvenes organizó en una casona de la Candelaria, se dio como premio una libra de marihuana”.

Los niños de las clases populares e incluso los marginados fueron pronto introducidos en la dinámica de la fiesta gracias a dos mecanismos: en primer lugar, a través de las actividades paternalistas y de beneficencia, de la tradicional deferencia de las elites con los pobres en tiempos de fiestas⁹. Ya en 1970 en el *Club de recreación del gamín*, del barrio Samper Mendoza, se les preparó una fiesta a los “gamines” y los disfrazaron-uniformaron con antifaces rojos y negros. En segundo lugar, los niños de las clases populares imitaron rápidamente las expresiones festivas de las clases altas, más si el colocarse un antifaz hechizo garantizaba una buena provisión de dulces para una semana. Igualmente, los papás,

⁹ Recordemos el “tasajo” o la comida para los pobres desde la colonia en todas las fiestas en la América hispánica (López Cantos 1992) y que también documentamos en nuestro trabajo sobre la historia de las fiestas de fin de año en Popayán (Miñana Blasco 1997).

los niños y los colegios de las clases medias y sectores arribistas emularon las celebraciones y disfraces de las elites.

Para 1978 el panorama se había completado y la fiesta estaba en plenitud en Bogotá. Así lo relata un día después una excelente cronista que destaca las ya claramente marcadas diferencias sociales en la celebración, las alegrías y los temores:

“...el estridente grito... llegó a todo Bogotá y llenó los pasillos de colegios, escuelas, las calles pavimentadas de sectores populosos, los lodazales de los barrios marginados, los parques y los bailaderos de moda (...) llenó de alegría los barrios del suroriente de Bogotá, donde los niños tuvieron programación especial que combinó glotonería y deporte, y culminó con un gran baile «a beneficio de las familias pobres”.

Muchas mamás prepararon disfraces para los niños: las pudientes los adquirieron hechos en los almacenes del ramo, las de clase media, los confeccionaron ellas mismas, y las pobres, desempolvaron viejos atuendos que quizás estuvieron de moda en los años treinta y los colgaron de los hombros de los críos (...) Disfrazados unos con profusión de lentejuelas y de fantasía y otros con cartón, jugo de remolacha y carbón vegetal (...)

y así las once de la noche se recogieron en sus viviendas a disfrutar de su singular botín que en la mayoría de los casos estaba compuesto por dulces ordinarios de esos que no llevan envoltura de papel (...) no se vio la lluvia de golosinas de otra época y los chocolates finos, las colombinas grandes y los bombones rellenos brillaron por su ausencia (...)

En los barrios del norte la animación fue total. Bandadas de niños salieron a la calle, mientras en las casas se organizaban fiestas para evitar, sin conseguirlo, que los niños salieran a la calle (...) al tiempo con niños salieron perros, hermanos mayores, padres y muchachas del servicio y las calles se llenaron también de «pelafustanillos» que causaban admiración en los otros niños”.

Qué nombre le pondremos

Sally F. Moore y Barbara G. Myerhoff, en la *International Conference on Secular Ritual*, ya habían advertido en 1974 que los rituales seculares no siempre estaban ligados a una

ideología elaborada, como sí sucedía en los religiosos, es decir, que podía existir un rito sin un mito explícito y con una débil “eficacia doctrinal”. Entonces se preguntaron –sin responder- ¿qué técnicas se pueden usar para determinar los límites del contenido semántico de un ritual secular? (Moore y Myerhoff 1977:11). Si bien no creemos que exista una frontera muy clara entre los rituales “seculares” y “religiosos”, sí vale la pena explorar algunas de esas “técnicas” en un contexto controversial como el del Halloween bogotano.

Desde el inicio de la celebración en Bogotá diferentes grupos y sectores sociales han tratado de definir y redefinir su sentido, su contenido semántico, con diversas estrategias, especialmente, tratando de controlar las rimas que entonan los niños¹⁰ y nombrando la fiesta de diferentes maneras. Desde 1973 en la publicidad de los supermercados Carulla se alterna el término Halloween con Fiesta de los Santos, Noche Dulce, Noche de las brujas y Noche de los niños.

En primer lugar, se aprecian los vínculos con el día de todos los santos (1 de noviembre; antiguamente se iniciaba la celebración desde las 6 de la tarde del día anterior). La conexión con la fiesta católica de los santos difuntos, remite a una idea religiosa y de respeto por los muertos que entraría en contradicción con la mascarada de la celebración y con las referencias a rituales paganos y brujas. Pero es ese mismo vínculo con los santos difuntos el que alimenta toda una serie de leyendas urbanas, expresiones y rituales tildados de “satánicos”, en especial los que celebran en los cementerios (ver Imagen 1).

¹⁰ A finales de los 70 se consolida la “traducción” popular más aceptada del “Treak or treat, Smell our feet. We want something good to eat” (Cohen y Coffin 1991) así: “Triqui, triqui, Halloween. Quiero dulces para mí. Y si no me das, se te crece la nariz”. La creatividad popular establece numerosas variantes –casi siempre más agresivas (“y si no me das, rompo un vidrio y salgo a mil”)-, pero determinados sectores sociales han intentado difundir, en un país en guerra, rimas como: “Dame paz, dame amor, dame dulces por montón” (Oído en el Halloween del 2003 en Bogotá).



Imagen 1.- Aviso de un concierto de metal, 2003. Manizales.

La denominación “Noche de brujas” hace gala a lo anterior y remite más bien a la forma como celebran la fiesta los jóvenes, asociada a elementos de terror, magia y misterio (recordemos la cita precedente de los “brujos grandes” en la fiesta de la marihuana).

Por el contrario, el nombre “Noche de los niños” o “Día de los niños” va a estar asociado desde el primer momento hasta hoy a las versiones moralizantes y pedagogizantes de la celebración. La carga diabólica, mágica, negativa y terrorífica de las brujas y los muertos se pretende calmar y acallar con la fuerza de la inocencia infantil, con la referencia a su ingenuidad y pureza, con los disfraces de princesas y conejos (ver Imágenes 2, 3 y 4).



Imágenes 2, 3 y 4.- Celebración del Halloween de un Jardín infantil, Bogotá, 1997. Foto de C. Miñana

Las sectas cristianas -no católicas- van a satanizar esta celebración y despliegan campañas publicitarias casa por casa, en impresos y publicaciones, presentando videos sobre el tema en los salones comunales de los barrios y templos, y a través de las cadenas de radio y televisión que poseen o controlan. Para ellos la celebración es desde todo punto de vista satánica, tanto por sus oscuros orígenes celtas, como por las referencias al calendario católico, como por el uso de símbolos mágicos y anticristianos (ver Imágenes 5 y 6). Ante la imposibilidad de detener el avance de la fiesta, algunas sectas se han acogido a la

propuesta del Día de los niños y la impulsan activamente, al igual que la iglesia católica¹¹ y prácticamente todos los colegios.



Imágenes 5 y 6.- Panfletos distribuidos en Bogotá por las iglesias cristianas. 2003. El panfleto titulado “No es un juego de niños” señala que los niños son la inocencia, y las brujas la maldad, y que no se deben relacionar. El panfleto que se titula IMPORTANTE presenta una “historia del rock”, las fechas en las que las sectas satánicas celebran sus fiestas (entre ellas el Halloween) e insiste en los sacrificios de bebés.

La mención a la “Noche dulce” se relaciona con los intereses de las industrias de dulces y del azúcar. En general se puede decir que el comercio y los industriales hacen uso del término dependiendo del tipo de productos y servicios que pretenden vender con motivo de

¹¹ “NO AL DÍA DE LAS BRUJAS, SÍ AL DÍA DE LOS NIÑOS. Recordamos a nuestros colegas la posición pastoral de la Iglesia respecto a la celebración del ‘Halloween’, que puede sintetizarse en tres proposiciones:
 1 - El Día de las Brujas es una fiesta pagana y culturalmente no corresponde a nuestra tradición.
 2 - Ante la imposibilidad de eliminarla, convendría cristianizar su celebración, depurándola de los elementos paganos y centrándola en una fiesta de los niños que se preparan para el día de todos los santos. Los niños deben aspirar a ser santos.
 3 - Este procedimiento de no ‘satanizar’ o condenar lo pagano, sino rescatar sus valores y hacerlos compatibles con el Evangelio tiene antecedentes tan importantes como el de la celebración de la Navidad en vez de la fiesta pagana del nacimiento del sol invicto el 25 de diciembre o la de celebrar a San José Obrero el 1 de mayo, eliminando el sentido marxista ateo que en su origen tuvo el Día del Trabajo”. *El Catolicismo*, Boletín de la Arquidiócesis de Bogotá N° 11 (31/10/2002).

la celebración. Los vendedores de disfraces y máscaras, los dueños de discotecas y salas donde se celebran fiestas de disfraces hablarán de Halloween y Noche de las brujas, al igual que los relacionados con el ramo de la decoración y con los productores y distribuidores de auyamas o calabazas. Los de accesorios y complementos para fiestas infantiles mencionarán en su publicidad el Día de los niños.



Imagen 7.- “Gran seminario de Maquillaje de fantasía”. Barrio La Estrada, Bogotá, 2004. Foto de C. Miñana

También se presenta desde sus inicios el punto de vista de los “autóctonos”, nacionalistas o folcloristas que rechazan la fiesta por ser una imposición, una moda o una importación extranjera¹² o, ante el éxito imparable, proponen su adaptación a las tradiciones locales introduciendo otros elementos “autóctonos”, como el discurso del alcalde en 1982 donde sugería cambiar las brujas por personajes de cierta literatura infantil colombiana

¹² HALLOWEEN, por Víctor Julio Sánchez Mora, *El Tiempo*, martes 5 de Noviembre de 1996: “En nuestro medio de vida no hay un modelo de proyecto social propio, es decir, no existe la identidad nacional. Por ello tendemos a copiar costumbres de otras partes, lo cual indica que a muchos compatriotas les da pena ser colombianos. Se ha olvidado por lo visto la historia patria, ya que se sigue adorando a los blancos anglosajones europeos, que masacraron a 70 millones de indígenas americanos en la Conquista; que han eliminado sistemáticamente a nuestros líderes y que nos asfixian con su modelo de Desarrollo”.

engominada como Michín y Rin Rin Renacuajo¹³, o enfatizando sus vínculos con la celebración de los “Ángeles somos” en la Costa Caribe:

“...Una bonita idea sería, entonces, que el próximo año la fiesta de las brujas se preparara con una campaña para hacerla autóctona” (El Tiempo, 1975, 31 de octubre)

Finalmente, en los esfuerzos por apropiarse y dotar de sentido a la fiesta, hay toda una serie de intentos siempre fallidos por desviar la celebración, aprovecharla o capitalizarla para alguna causa encomiable como la paz, la infancia abandonada, o la imagen de un político o una administración, convocando a marchas, desfiles, conciertos, actos simbólicos, o fiestas “a beneficio de”.

Todo este trabajo discursivo en la prensa para definir el sentido del Halloween se estrella impotente con la misma práctica festiva, porque como ya señaló Susanne Langer en 1942 (1954), los símbolos usados en los rituales son “presentacionales”, más que discursivos, son in-corporados, apelan a lo sensible más que a las razones.

La riqueza y la fuerza del Halloween reside precisamente en la ausencia de una versión oficial, de una autoridad reconocida o legitimada, en su ambigüedad y polaridad paradójicas, a la manera de los dobles vínculos de la escuela de Palo Alto (Bateson 1998) (Gil Calvo 1991): es una fiesta laica pero que afecta profundamente la sensibilidad religiosa de los evangélicos y del clero católico, al mismo tiempo que activa y saca a la luz una gran diversidad de grupos o manifestaciones que podríamos tipificar simplificando mucho como neopaganos (ver www.neopagan.net) y anticristianos; tal vez por su carácter liminal, por su anclaje en una tradición que habla de una especie de suspensión o debilitamiento de las fronteras del mundo de la vida y de la muerte, o simplemente porque se está en una fiesta de tipo carnalesco o en un ritual de inversión, muchos se permiten negar, destruir, violentar o ridiculizar lo sagrado, lo intocable (ritos satánicos, disfraces de curas y de

¹³ Personajes –paradójica o coincidentalmente- caracterizados por su desobediencia y por los desenlaces trágicos de cada cuento. “Michín dijo a su mamá:/ “Voy a volverme Pateta,/ y el que a impedirlo se meta/ en el acto morirá./ Ya le he robado a papá/ daga y pistolas; ya estoy/ armado y listo; y me voy/ a robar y matar gente./ y nunca más (¡ten presente!)/ verás a Michín desde hoy” (Rafael Pombo -1833-1912-. *El gato bandido*). Resulta doblemente paradójico que el alcalde proponga un personaje más “nacional” como Rin, Rin Renacuajo, habida cuenta que éste es un poema tradicional de Estados Unidos del siglo XIX, que la casa Appletons, de Nueva York le encargó a Pombo que tradujera del inglés al español.

monjas), exteriorizar e hipertrofiar los símbolos sexuales y los tabúes. El Halloween es también ambiguo en cuanto a la connivencia entre el imaginario de inocencia infantil y de perversión, de dulzura arrebatada con gritos y amenazas. Es ambiguo también al integrar gratuidad, don y mercado, lo ancestral y lo mágico, y lo moderno, lo autóctono e importado, la vida y la muerte. Articula lo público y lo privado, lo callejero y lo familiar, propicia espacios de confluencia intergeneracional (bebés, niños, jóvenes, adultos, abuelos), al mismo tiempo que reserva espacios de exclusividad. Permite al mismo tiempo la exhibición individual, la inversión de roles y la invisibilidad. Pone a competir a los héroes y antihéroes. Cultiva la confianza, el encuentro y el intercambio familiar, vecinal, interbarrial, pero en un ambiente de temor al extraño, al enmascarado, a la noche, a la calle, al secuestro infantil, al veneno o los vidrios ocultos en los dulces.¹⁴ Es un fenómeno de la sociedad de consumo banal y mediática, y al mismo tiempo, enraizado en lo esotérico, en lo innombrable, en lo mágico. Todo lo anterior, su ambigüedad, polaridades y paradojas, convierte a esta fiesta en un espacio ritualizado y privilegiado para la negociación social, la configuración de identidades, la identificación con héroes y antihéroes, el posicionamiento y el debate ideológico, la confrontación de valores y la afirmación-negación de creencias, no tanto en forma verbalizada sino “performada” y celebrada, como corresponde al ámbito de lo ritual y lo festivo. A diferencia de lo que plantearon Moore y Myerhoff (1977) para los rituales seculares, la falta de consenso y de una doctrina explícita en el Halloween, no debilita su eficacia. Su eficacia doctrinal –y operacional- reside, paradójicamente, en su flexibilidad y ambigüedad, en su exhuberancia simbólica y expresiva, y en su vacío semántico que le permite adaptarse fácilmente, como veremos más adelante, al pluralismo ideológico y a la fragmentación inherente que caracteriza las “identidades” de las grandes ciudades y del mundo contemporáneo.

¹⁴ Aunque con frecuencia se menciona que desde los años 70 en EEUU existen sádicos que envenenan los niños con dulces o que introducen vidrios o cuchillas de afeitar en ellos o en manzanas edulcoradas, está documentada esta idea desde los años de 1930. En 1985, dos profesores de la California State University, Joel Best y Gerarld Horiuchi mostraron que entre 1959 y 1984 solo se encontraban 76 casos en la prensa de EEUU. De ellos, sólo 20 casos fueron reales y con ninguna implicación seria para los niños. De los dos únicos niños muertos por esta causa en 15 años, uno fue por intoxicación con heroína que tomó sin permiso en casa de un tío, y el otro envenenado por su padre –Ronald Clark O’Bryan en 1974- (Best y Horiuchi 1985). Los investigadores concluyeron, pues, que el sádico del Halloween era una leyenda urbana (ver también Skal 2002 y Rogers 2002).

Triqui trueque

El Halloween desde el punto de vista “performativo” se caracteriza básicamente por la interacción entre dos polos:

recorrer y visitar	↔	esperar y atender
pedir o exigir	↔	dar o negarse a dar

De un lado se lleva la iniciativa, se produce el desgaste energético y las transformaciones: disfraz, máscara o maquillaje, recorridos, desplazamientos, correr, saltar, llamar, golpear puertas, irrumpir, entonar estribillos, gritos, gesticulaciones, tender la mano, pedir, amenazar, asustar, provocar miedo, ternura o admiración, recibir o arrebatarse... (Imagen 8).



Imagen 8.- Niños de 3 a 8 años en la calle durante la noche asustando a los peatones, Bogotá, 1997. Foto de C. Miñana.

Del otro lado se adopta la actitud pasiva, pero complementaria, de la interacción: decorar el lugar para llamar la atención, atraer, invitar; esperar pacientemente, abrir o dejar abiertas las puertas, recibir, acoger, atender, aguantar, escuchar, sonreír o mostrar temor o ternura, admirar, encomiar, obsequiar, dejarse arrebatarse... (Imagen 9).



Imagen 9.- Tienda miscelánea en el barrio Paulo VI, Bogotá. La dueña (a la derecha) entrega dulces a un niño, mientras su hija, detrás del mostrador, está disfrazada de bruja. Una mamá, con su bebé en brazos disfrazada contempla la escena con satisfacción. Foto de C. Miñana.

De un lado está el débil, el niño, el joven, el que irrumpe en los espacios privados y que se apropia de los espacios públicos, el de inferior jerarquía, el errante, el desconocido, el oculto en el anonimato, el enmascarado o disfrazado, el monstruo, el “otro”, el que infunde miedo, el que pide o, como diría Lévi-Strauss (1995), la muerte.¹⁵ Del otro lado está el propietario, el verdadero dueño, el que lo representa o su cancerbero, el habitante o residente, el adulto que no se disfraza, el de superior jerarquía, el que tiene, el que da, el que teme, la vida.

Junto a ellos o en torno a ellos están los acompañantes, por un lado, y los involucrados de manera fortuita, por otro; actores secundarios que amplifican, hacen eco o coro, reiteran las acciones de los protagonistas, pero que a veces se convierten en protagonistas.

En el Halloween la sociedad exhibe, ensaya, experimenta, enseña, recrea las miles de formas de pedir y de dar, de expresar simbólicamente, de respetar y violentar ritualmente las jerarquías, de celebrar la interdependencia entre ellas, su viciosa necesidad.¹⁶

¹⁵ “...the Halloween, when children play the part of the dead to make demands on adults, and Christmas, when adults indulge children in celebration of their vitality” (Lévi-Strauss 1995:49).

¹⁶ Los trabajos pioneros de Marcel Mauss (1924) o más recientes como los de Emilia Ferraro (2004), por ejemplo, han enfatizado los vínculos del don o de los regalos con el fortalecimiento del poder y las jerarquías.

El trabajo de campo muestra también la fluidez y la diversidad en la manera de posicionarse los diferentes actores frente a la fiesta y a las jerarquías sociales. Por ejemplo, en 1997, un cuidador de carros en la calle, en la zona del centro, asumía la posición de propietario; la calle, la vía pública era su propiedad; el día de Halloween colocaba una “bomba” anaranjada (un globo de helio) amarrada en la puerta de cada carro parqueado en “su” calle (ver Imagen 10). Al preguntarle por su gesto y si cobraba el globo, decía que no, que lo hacía porque había que tratar bien al “cliente”. Él, una persona que a diario es un pedidor, un marginal, con este gesto, con este obsequio se convertía en propietario que cuida su clientela, en dador. El caso contrario es el cuidandero de los carros en el barrio Pablo VI que, en el 2002 y en el 2003 se colocaba una máscara de monstruo para arrebatarse con violencia simbólica la propina que los otros días del año suplica con respeto y amabilidad (ver Imagen 11). Por otra parte, ambos casos muestran un tipo de “pedidor” que no recorre las calles buscando su presa, sino que la espera, apropiándose de un espacio público.



Imagen 10.- Carrera 15 con calle 29. 1997. El cuidador de carros colocó bombas anaranjadas en las puertas de los carros a su cargo. Foto de C. Miñana.



Imagen 11.- Zona comercial del barrio Paulo VI, frente al supermercado Carulla. Un cuidador de carros, con máscara de Ben Laden, asusta a los transeúntes y a los dueños de los carros que cuida, 2003. Foto de C. Miñana.

En el 2005, en el barrio Pablo VI, el dueño de un salón de belleza, con un elegante y minucioso disfraz de Drácula, se sitúa en el andén, al lado de su negocio, e invita en forma entusiasta a los niños que pasan por la calle para que ingresen a pedir dulces. Al año siguiente, el mismo personaje, sin disfraz, asumiendo su papel de propietario serio, atiende a los niños desde adentro y les da los dulces. En el 2006, en otro salón de belleza, dos estilistas gays, disfrazados de niñas con trenzas y faldas cortas, invitan también desde la calle a los niños a que ingresen a su local. Ese mismo año, en el mismo barrio, la pequeña hija del dueño de un negocio de víveres, disfrazada de princesa y sentada en las piernas de su padre, reparte dulces a los niños visitantes como si ella fuera la dueña. Cerca de la media noche del 2003, en la populosa localidad de Kennedy, un grupo de unos 15 jóvenes seguidores del grupo metalero Kiss recorren las calles de tienda en tienda pidiendo “chorro” (trago o licor) con la rima del triqui triqui; luego entran a un bar roquero a ver videos de la banda, y siguen su recorrido callejero pidiendo trago. En este caso, los jóvenes trasladan la lógica del pedir dulces al trago. Ese mismo año, en la zona del centro, otro grupo de jóvenes metaleros que están tomando licor, observan un grupo de gamines o niños que viven en la calle y que van pidiendo dulces. Compran un paquete de dulces o caramelos y les regalan a los niños. En este caso los pedidos se transforman en dadores, los supuestamente satánicos “robaniños”, se enternecen ante ellos y actúan poniéndose en el lado opuesto del polo de la fiesta. El contexto festivo permite múltiples conmutaciones, transmutaciones, inversiones y duplicidades de papeles, pero siempre bajo la lógica binaria del dador y el pedidor. Y lo que define la posición no es tanto el disfraz, el estatus o la edad, sino que ésta se resuelve y se negocia en la interacción.

Si observamos la forma como actualmente se celebra el Halloween en las ciudades colombianas, y concretamente en Bogotá, podemos percibir un lento pero claro desplazamiento en los recorridos y en su espacialización que tiene que ver con la misma transformación de la ciudad y de las relaciones socioespaciales en ella.

En los años setenta se producían dos grandes tipos de movilizaciones en el macroespacio ciudadano: un movimiento centrípeto de la clase alta y media que giraba en torno a los colegios y al barrio donde se visitaban principalmente las casas y las tiendas y, en forma

secundaria, las grandes zonas o avenidas comerciales; de otro lado, un movimiento centrífugo de las clases populares que normalmente descendían de los barrios en los cerros orientales y surorientales y recorrían a pie grandes distancias para literalmente invadir la planicie bogotana, los barrios de clase media, alta y los sectores comerciales, pues en los barrios populares no había a quién pedir, o el botín era ínfimo.

Con el crecimiento acelerado de la ciudad se crean zonas, localidades o subciudades con todos los servicios, lo cual la fragmenta todavía más. La inseguridad favorece la expansión del modelo habitacional del “conjunto cerrado”, lo cual impide la circulación de personas ajenas y las visitas para pedir dulces a niños que no sean del conjunto; barrios residenciales, casas de familia, colegios y universidades –incluso las públicas- se amurallan y cercan. Por razones similares el comercio adopta también el modelo del “centro comercial” –que se inició en Bogotá con Unicentro, en 1976-¹⁷ y, más recientemente, en los 90, el de los hipermercados (Imagen 12, 13 y 14). Las calles y avenidas comerciales siguen vitales hoy, pero la circulación de compradores y visitantes se concentra cada vez más en dichos centros que ofrecen parqueadero gratuito, seguridad, servicios bancarios, restaurantes, recreación y diversidad de locales comerciales.

¹⁷ Actualmente -2007- hay 93 grandes centros comerciales. El centro comercial Santafé tiene 215.583 metros cuadrados de área construida, 481 locales comerciales y 2800 parqueaderos; Gran Estación, 160 mil metros, 365 locales y 2100 cupos de parqueadero; Unicentro hoy es el tercero más grande, tiene un área de 89.034 metros cuadrados, 312 locales comerciales, 3057 cupos de parqueadero (*El Tiempo*, octubre 3 de 2007). “El acceso al nuevo mundo solamente es posible pasando por un “control de caras” en la entrada, ya que este espacio público es de propiedad privada. Según Gerhard (1994: 63) se ‘privatiza la plaza’ y se cierra el centro urbano para grupos marginales. Los centros comerciales y recreacionales son el espejo de una sociedad que se esconde detrás de muros y condominios y que no quiere saber nada de los problemas sociales. Sobre todo la juventud del estrato alto bogotano se cría en espacios cercados: del condominio cercado al colegio cercado y de allí al centro comercial cercado. En vez de enfrentarse con los problemas sociales reales, el estrato alto se salta de un lote “seguro” al próximo (...) El centro comercial y recreacional es una utopía urbana: una ciudad ideal, en la cual no hay problemas ni crímenes. Llegando de la calle con su ruido y su contaminación, uno entra a un ambiente tranquilo que está lleno de vegetación, colores y música suave. En el centro comercial siempre es de día, nunca caen aguaceros y cada navidad es blanca. No hay lotes sin construir, muros embadurnados o construcciones en ruinas. En el microcosmos del centro comercial tampoco existen vendedores ambulantes, gamines, ladrones o prostitutas que puedan dañar la imagen. Están prohibidos los eventos políticos y la distribución de volantes. La observación en el centro comercial es total, todo se nota. A cualquiera que se comporte extrañamente inmediatamente se le acercan vigilantes para interrogarlo.” (Müller 2001).

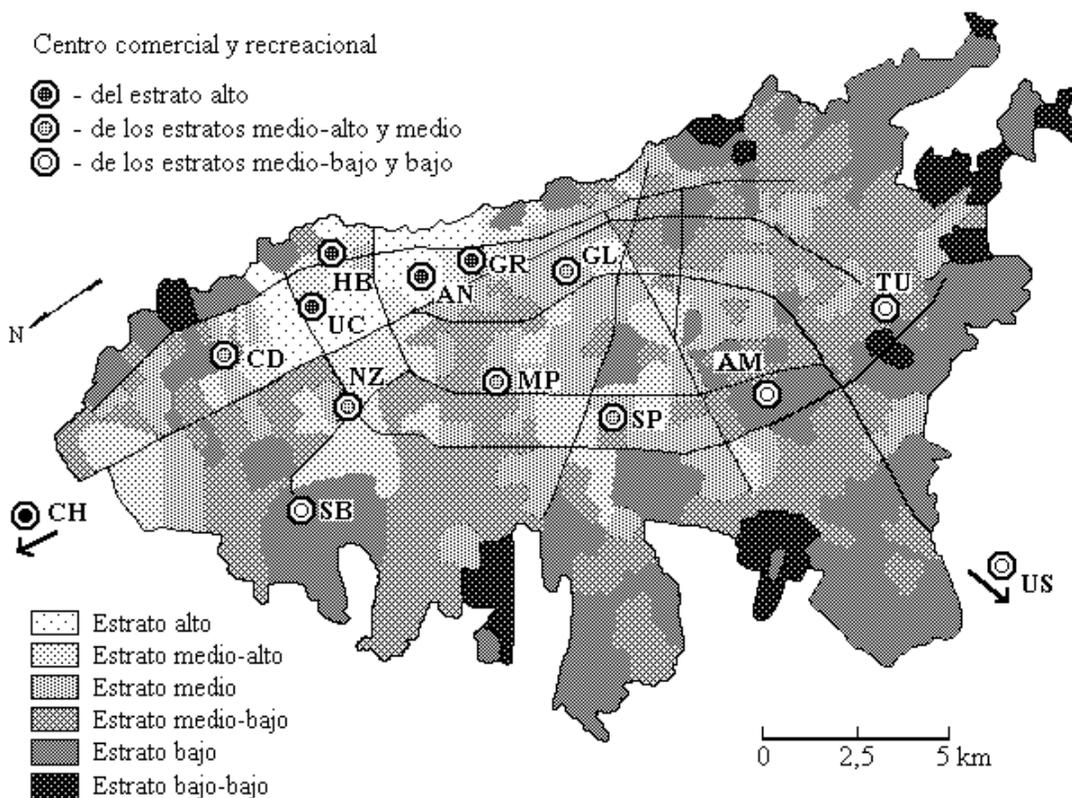


Imagen 12: Estratificación socioeconómica de Bogotá (1986) y distribución de los centros comerciales y recreacionales. Fuente: Müller 2001; estratificación socioeconómica según GUHL/PACHON 1992, p.9.

En el Halloween los niños siguen hoy saliendo por las calles, golpeando en las puertas de las casas y apartamentos, recorriendo las tiendas de barrio y las avenidas comerciales, pero cada vez menos. El llamado poderoso de luz, color, música, decoración espectacular, recreación, concursos, regalos... de los centros comerciales e hipermercados es difícil de evitar (Imágenes 13 y 14).¹⁸ Los conjuntos habitacionales cerrados también han organizado

¹⁸ *El tiempo*, Bogotá, Jueves 31 de Octubre de 2002. “Halloween en Cafam Floresta. Para celebrar hoy el día de los niños, Cafam Floresta Mundo Comercial tiene preparadas muchas sorpresas para grandes y chicos. Las actividades, que empezarán a las 5 de la tarde, incluyen Show de Magia de Gustavo Lorgia, quien estará acompañado por J. Mario Valencia, presentador de la televisión nacional; concierto del Grupo Arcoiris con canciones y bailes infantiles y juveniles, y además recreación dirigida para los niños”.

sus fiestas de Halloween y contratan recreacionistas, decoran profusamente las áreas comunes y las casetas de los vigilantes.



Imagen 13.- Niñas disfrazadas de porristas en el almacén ÉXITO, líder de las grandes superficies comerciales en el país. Zona de Villa Mayor, al sur de Bogotá. El papá toma la foto, disfrazado con un gorro de payaso. La mamá, observa. Foto, C. Miñana. 2005.

Imagen 14.- Centro comercial UNILAGO, en el norte de Bogotá, el mayor centro de venta de computadores en la ciudad. Obsequio de globos por la empresa Intel. 2006. Foto, C. Miñana.



Imagen 15.- Niña que acaba de salir del colegio se deleita observando un ponqué decorado con un castillo y con fantasmas en la panadería Sabrosuras en la Calle 26. El texto dice: "Celebra en Sabrosuras el día de los niños. Viernes 31 de octubre de 7 pm a 8 pm. Te esperamos". 2003. Foto, C. Miñana.

La celebración nocturna de los jóvenes y adultos –muy próxima a una fiesta de carnaval- por el contrario no ha cambiado mucho desde los 70: recorridos callejeros disfrazados en grupo a pie y en carro, fiestas de disfraces en casas particulares o en lugares alquilados por los jóvenes –incluso en casas desocupadas-, fiestas de disfraces organizadas en discotecas, restaurantes, bares, fiestas masivas en lugares amplios con música en vivo y/o con disk-jockey, fiestas en lugares públicos y abiertas a todo el mundo, auto-organizadas por jóvenes, como el ya famoso “Aquelarre” de la Universidad Nacional (Imágenes 16, 17 y 18).



Imagen 16.- Jóvenes disfrazados yendo a una fiesta. Zona de Chapinero (Calle 56A con 9), Bogotá, 1997. Foto, C. Miñana.

Imagen 17.- Anuncio de una “Noche de disfraces”, fiesta musicalizada por DJs, pegada en una cafetería de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá). La ilustración es una imagen ya “clásica” del dibujante mexicano de la muerte, el maestro Posada. 2003. Foto, C. Miñana.



Imagen 18.- Anuncio de una fiesta de disfraces en Bogotá, trasladada del 31 viernes, al sábado 1 de noviembre de 2003.

El Halloween hoy en Bogotá –y tal vez en muchas ciudades de Colombia y el mundo- es en buena parte un rito y una fiesta del consumo capitalista. Es la ritualización y celebración del *shopping*, del ir de compras, de tiendas, a mercar, al centro comercial o al supermercado, del consumo. Cientos de miles de niños, acompañados por sus padres o familiares recorren las pequeñas tiendas de la esquina, las calles comerciales de los barrios, visitan los centros comerciales y grandes supermercados en una forma compulsiva hasta el agotamiento. Es claro que en el fondo –para muchos niños- no se trata de los dulces (mi hija todavía tiene dulces en la casa del Halloween pasado), sino de una ritualización del consumo, del acumular bienes perfectamente prescindibles, de mostrar el poder de acumular. El Halloween es también una evidencia de la actual capacidad de socialización de los niños con respecto a los adultos -como ya señalaron algunos estudios sociológicos en los años 60 (Goslin 1969)-, del poder de los niños para vincular a los adultos al consumo.

En el Halloween no solo se exorcizan los temores de los niños y adultos a la noche, a la calle, a los monstruos o al extraño, sino que la sociedad de propietarios, los dadores, exorcizan el temor a quedarse sin clientes, al robo de la mercancía, al saqueo, y la sociedad en general al temor de que este orden de cosas de la sociedad de mercado y del consumismo se colapsen o pierdan su dinámica creciente.

El hecho de que el Halloween sea una ritualización del consumo no necesariamente la convierte en una fiesta comercial, en el sentido de fiesta creada, controlada y manipulada desde el comercio. En Bogotá tienen mucho mayor peso para el comercio en cuanto a ventas la Navidad y, en segundo lugar, el Día de la madre y el Día del amor y la amistad. En el Halloween sólo un pequeño sector económico se beneficia (dulces, disfraces, decoración, recreación y rumba), y sólo durante un día.¹⁹ ¿Por qué una tienda de

¹⁹ El caso de EEUU es diferente, pues con una más larga tradición en esta fiesta, con una mayor capacidad adquisitiva de la población y con un mercado gigantesco, el Halloween ha desarrollado una industria respetable. En el 2005 se estima que 36.1 millones de niños entre 5 y 13 años –cifra casi igual a la totalidad de la población de Colombia- se disfrazaron y salieron a pedir dulces (<http://www.census.gov/popest/national/asrh/NC-EST2005-sa.html>). El valor de los productos –accesorios y disfraces, sin contar los dulces o las calabazas (1.1 miles de millones de libras de calabaza en ese año)- relacionados con el Halloween en ese país está por los 7.2 miles de millones de dólares (http://www.history.com/minisite.do?content_type=Minisite_Generic&content_type_id=51880&display_order=9&mini_id=1076). En el 2006 se vendieron 26 libras de dulces en promedio por persona en EEUU, especialmente en estas fechas (<http://www.census.gov/industry/1/ma311d06.pdf>). A pesar de las dimensiones

computadores, una fama o una peluquería se decoran y ofrecen dulces a los niños, si ese día venden menos? Todos los comerciantes apoyan la fiesta, no importa de qué ramo sean, decorando el local, abriendo sus puertas a los niños y brindándoles dulces, como si supieran que es su fiesta, que es la fiesta del consumo, del mercado, como si de una labor pedagógica se tratara, como si estuvieran formando a los consumidores y clientes del futuro.

Como plantea Marcel Mauss (1924), los regalos hechos de un superior a un inferior pueden entenderse como un acto caritativo, de deferencia, de nobleza y grandeza, con lo cual se reafirma la relación jerárquica, aunque en este caso la violencia simbólica dada por las máscaras terroríficas y las amenazas de las rimas de los “inferiores” pareciera que no se tratara de un obsequio sino de una forma de calmar los temores, de “sacrificio”.²⁰ El mismo Mauss, a partir de los trabajos de Boas sobre los kwakiutl, señaló cómo las faltas rituales deben expiarse con dones. En ese sentido, los regalos son portadores de los pecados del dador, que el receptor debe “digerir”, ya mediante acción ritual, ya devolviéndolos incrementados. En este caso se cumplen las dos condiciones, pues los pecados –¿el pecado del consumismo o del beneficio desproporcionado del comerciante?- son literalmente digeridos por los niños y los regalos serán devueltos más tarde, incrementados, gracias a los hábitos consumistas inducidos en ellos. El don, en realidad es una “ideología del intercambio, mientras que la deuda es su realidad, su práctica” (Ferraro 2004:30).

Pero el Halloween es mucho más que todo esto. El análisis de su simbolismo, de lo arquetípico y al mismo tiempo la historicidad de los disfraces,²¹ de su dimensión

del fenómeno en EEUU las publicaciones académicas sobre el tema hoy son muy escasas. Se encuentran algunos libros de historia del Halloween a cargo de historiadores, periodistas y folkloristas. Abunda, por el contrario, literatura neopagana, moralizante, pedagógica, periodística y un sin fin de libros de manualidades e ideas para disfrazarse, decorar la casa o la calabaza, o elaborar los dulces. Los trabajos etnográficos y/o antropológicos brillan por su ausencia, aunque es frecuente que grupos de estudiantes de antropología de las universidades norteamericanas lo celebren.

²⁰ « L'aumône est le fruit d'une notion morale du don et de la fortune, d'une part, et d'une notion du sacrifice de l'autre. La libéralité est obligatoire, parce que la Némésis venge les pauvres et les dieux de l'excès de bonheur et de richesse de certains hommes qui doivent s'en défaire: c'est la vieille morale du don devenue principe de justice; et les dieux et les esprits consentent à ce que les parts qu'on leur en faisait et qui étaient détruites dans des sacrifices inutiles servent aux pauvres et aux enfants » (Mauss 1924):24).

²¹ El análisis de las transformaciones en los disfraces de los niños –o de los adultos- en los últimos 20 años daría para otro trabajo como éste. Hay unos disfraces que se mantienen año tras año, otros responden a las

tempoespacial, de la microetnografía de las interacciones, de la creatividad e innovación permanente, de las diferencias de clase en la forma como se celebra, de las relaciones entre generaciones y grupos de edad, o entre padres e hijos, muestran su riqueza, su complejidad y abren otras perspectivas de interpretación a desarrollar que desbordan los límites de este trabajo.

¿Cocinando un carnaval bogotano?

Como mostramos en la cita que inicia este trabajo, el nuevo alcalde de Bogotá, “Lucho” Garzón, en enero de 2004 manifestó a la prensa su intención de crear un carnaval, una fiesta para Bogotá, y que probablemente se situaría en el mes de agosto, en las fechas de la fundación de la ciudad. El interés político en la fiesta tiene que ver con cierto estilo populista y con el propósito de fortalecer el tejido social, la participación y el sentido de pertenencia de los bogotanos con su ciudad. Encargó la tarea a la directora del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Laura Restrepo, pero ésta dejó el cargo a los pocos meses por razones personales. La reemplazó Martha Senn, cantante de ópera reconocida en el país. Una de las primeras comunicaciones que hizo a la prensa tuvo que ver con el replanteamiento de la propuesta de carnaval que ya venía adelantando un equipo de expertos nacionales e internacionales. Martha Senn, recogiendo el sentir de algunos sectores sociales en Bogotá, lo primero que hizo al posesionarse fue cuestionar el proyecto de carnaval, manifestando sus temores por el mantenimiento de orden público y la seguridad en la ciudad, más siendo ampliamente conocido que Bogotá tiene altos índices de inseguridad y violencia, y que Colombia es un país en guerra. En el informe al alcalde dice:

"El ambiente generado en un carnaval se asocia a comportamientos desmesurados, coloca a la comunidad en posición de alta vulnerabilidad y arriesga al gobierno de la ciudad a eventos de consecuencias inciertas".

modas televisivas y a los nuevos héroes de la infancia. Igualmente expresan la situación política el país. Por ejemplo, antes del gobierno del presidente Uribe, no era difícil encontrar por la calle niños disfrazados de guerrilleros. En estos momentos es muy improbable y, por el contrario, se han multiplicado los disfraces infantiles que imitan a la perfección el uniforme de las fuerzas militares de los grupos antiguerrilla. En el 2006, la influencia del chavismo se expresó en la aparición de niños disfrazados de Bolívar. Las diferencias de género, étnicas y de clase que se expresan y construyen con los disfraces son también muy significativas.

En reemplazo del carnaval propuso una fiesta educativa que se desarrollaría paulatinamente, en cuatro fases o años, y que se situaría no en agosto, sino el 7 de diciembre, en la fiesta de las velitas que abre la Navidad, y que conectaría precisamente con el Halloween. Se aprovechaba la popularidad del Halloween en Bogotá y la masiva participación de niños y colegios en la fiesta para atrapar esa energía festiva y proyectarla hacia el carnaval.

“Primer tramo (2004): CARNAVAL DE LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS.
Bajo el lema: “¿Cómo quisiera ser, de dónde vengo, para donde voy, cómo soy?. Octubre 31 y Diciembre 7, día de las velitas.

Segundo tramo (2005): CARNAVAL DE LA DIVERSIDAD.
Las escuelas de carnaval abiertas a partir del presente año desde el Instituto de Cultura y Turismo, acompañarán los festivales que suceden tradicionalmente en las distintas localidades.

Tercer tramo (2006): CARNAVAL DEL TRUEQUE.
Con ejercicios de exportaciones e importaciones creativas Cultura y Turismo promoverá la presentación de fiestas y ferias locales en otras comunidades a fin de enriquecer la red de arte y artesanías populares.

Cuarto tramo (2007): CARNAVAL DE LA RECONCILIACION.
Una fiesta colectiva que nace con la propuesta de las niñas y de los niños crece a través del Carnaval de la Diversidad y del Carnaval del Trueque realizados en los tres años anteriores y se resume en el común denominador de la reconciliación.”

(Página web del IDCT: www.idct.gov.co, 2004).

El carnaval ha funcionado en la práctica como un desfile de comparsas altamente regulado por la administración distrital, con tema obligatorio, con formato preestablecido, con inscripciones previas muy exigentes en las formalidades legales (se requiere estar legalmente constituido para participar), en las inhabilidades y en su diseño. En la convocatoria de 2004 (Imagen 19), los grupos debían ser de 50 niños o jóvenes en las categorías de 7 a 11 años, y de 12 a 18, con 10 acompañantes adultos; igualmente, existía un jurado calificador, dos premios de dos millones y medio de pesos; las comparsas seleccionadas desfilaron, además, el día 31 de octubre y el 7 de diciembre.



Imagen 19.- Logo del Carnaval de Niñas y Niños de la Alcaldía de Bogotá, 2004.

Lo que encontramos aquí es la creación de un desfile a la manera de lo que sucede en los sambódromos infantiles en Brasil. Algo parecido vienen realizando en el suroriente de la ciudad un grupo de maestras de primaria con los niños desde hace unos 20 años el 31 de octubre -el Carnaval Solorienta-, y que ahora se propone para toda la ciudad. Si bien la idea es interesante, corre el riesgo, como realmente ha sucedido en la experiencia mencionada, de la pedagogización y formalización excesiva. La libre circulación de los niños por la ciudad, la invasión de los espacios públicos y privados, se delimita y reglamenta. Una vez más, el Estado trata de controlar y pedagogizar la fiesta popular y para ello echa mano de los niños y de la escuela (Miñana 2002).

El experimento del carnaval bogotano se ha ido transformando en estos pocos años. La fecha ha cambiado y, creemos que afortunadamente, se ha desmarcado un poco del Halloween, que ya tiene vida propia. La propuesta de estos cuatro años resulta valiosa y promisoría en la medida que ha promovido expresiones callejeras organizadas en todas las localidades o zonas de Bogotá, descentralizando la fiesta, al mismo tiempo que favorece su

rotación e intercambio. El haber incentivado y financiado expresiones carnavalescas en forma sostenida facilita la cualificación de los artesanos y artistas, y de los bogotanos en general, en la creación y enriquecimiento de la imaginería festiva.²² Los niños, jóvenes y adultos que integraron las comparsas muy posiblemente serán multiplicadores en el futuro de su experiencia y ya estamos viendo una proliferación de expresiones carnavaleras en las localidades y en los colegios bajo distintos pretextos (González Pérez 2005, 2006). La inversión económica y creativa de estos años es claro que no se ha perdido, pero nos asalta la duda de si esta iniciativa tomará su propio impulso, si será asumida por los bogotanos y si la convertirán en la fiesta o el carnaval “de” Bogotá. ¿Cuál será el gatillo que por fin disparará la fiesta? ¿Quiénes serán sus dolientes? ¿Cómo deberá transformarse y de dónde sacará la fuerza para que arrastre a la mayoría de los bogotanos? ¿De dónde sacará la energía para su autocombustión? ¿Cómo se hará sostenible si la administración deja de financiarla?

Mientras las autoridades de Bogotá mezclan los ingredientes necesarios para inventar un carnaval para la ciudad e invierten en crear unos nichos y unas condiciones para ello, el Halloween se sigue expandiendo por las ciudades de Colombia y de todo el planeta, al igual que lo hicieron las fiestas religiosas en el mundo católico desde la Edad media, o los carnavales desde el s. XV, o las fiestas patrióticas con el advenimiento de los Estados-nación, o las ferias y fiestas modernas como las que se promovieron en Colombia desde la década de 1950 -actualmente controladas por las industrias licorera y cervecera-.²³ Hoy el Halloween se expande en las grandes ciudades porque celebra el consumo capitalista y los vínculos precarios de lo urbano, del espacio público; no celebra una comunidad, inexistente en la gran urbe. El más conocido y dedicado historiador de la fiesta en Bogotá, el profesor Marcos González, en su libro *Carnestolendas y Carnavales en Santa Fe y Bogotá* (2005:169 y s.) menciona más de un centenar de “fiestas” actualmente en la ciudad, pero no

²² Es importante anotar que, aunque Bogotá no ha tenido un carnaval desde hace más de cincuenta años, sí existían los artesanos y artistas capaces de organizar desfiles callejeros, gracias a eventos como el Festival Iberoamericano de Teatro y su impacto en el teatro callejero, y del que se han nutrido varias casas de la cultura en el sur de la ciudad. Con esto queremos decir que el Carnaval 2004 no empezó desde cero, sino que capitalizó la experiencia de los grupos de teatro callejero y de las casas de la cultura.

²³ La industria cervecera Bavaria, es actualmente la octava industria con mayores ingresos en el país -3 billones de pesos en 2006-, sólo por debajo de las petroleras, telecomunicaciones y grandes superficies (*Cambio*, abril 30 de 2007).

considera el Halloween –“el Día del Niño” en su texto- porque “la orientación teórica que adoptamos para determinar *una fiesta* desborda toda esa serie de eventos comerciales que se realizan en la ciudad pero que no celebran apegos de identidad a una comunidad específica”. A diferencia del profesor González creemos que el Halloween es una verdadera, potente y en expansión fiesta urbana precisamente por eso, por no celebrar ningún apego a una comunidad específica, sino el anonimato, la conmutación, la evitación y el “camaleonismo” que caracterizan las relaciones en el espacio público de las grandes ciudades (Lofland 1973). “La fiesta basada en la fraternidad difusa, al contrario de la basada en la fraternidad fusional, conduce a su máxima expresión la inautenticidad que caracteriza el espacio público, las potencialidades de la pura exterioridad y del anonimato, la renuncia a la identificación (...) no se basa en la comunión, sino en la comunicación” (Delgado Ruiz 2002:172).

Pero, además, la fuerza misteriosa y contagiosa, el “mana” del Halloween que impulsa a la calle -llueva, ventee o haga frío- en la noche del 31 de octubre a más de un millón de bogotanos de todas las edades, clases sociales y credos, reside no sólo en que (a) celebra y expresa magistralmente la “fraternidad difusa” del espacio público de la gran ciudad, sino que lo logra –paradójicamente- (b) integrando los vínculos comunitarios de familias, colegios exclusivos y vecindades, (c) los nuevos vínculos sociales que emergen en los nuevos espacios urbanos –semipúblicos- como los colegios masivos y despersonalizados, los conjuntos habitacionales cerrados y los grandes centros comerciales, (d) al mismo tiempo que posibilita la exaltación o la disolución del individuo. El Halloween –siempre paradójico y extraño, como toda fiesta que se respete- permite además situarse en las lógicas de mercado, del espacio público, de las relaciones comunitarias, del individualismo, burlándose de ellas, invirtiéndolas, suspendiendo su racionalidad, violentando la civil indiferencia (*civil inattention*, en términos de Goffman) de las relaciones en público al exigir con gritos, amenazas y demandas, y al convertir a los conocidos y familiares -y a uno mismo- en extraños, en monstruos, demonios, hadas o superhéroes de la tele.

Bogotá no tiene mar, no tiene fiesta, no tiene metro ni tranvía, pero no hay duda de que el Halloween, así no sea la fiesta “de” Bogotá ni de los “bogotanos”, así a muchos les parezca

ilegal, inmoral, diabólica, capitalista, neocolonial, imperialista, subversiva, subterránea, tierna, infantil o ingenua, es de hecho la fiesta más importante, más popular, más carnalera, más explosiva, más pluralista, más fiesta, más compleja simbólica y expresivamente de los últimos treinta años, y que ha sabido transformarse creativamente año a año al ritmo de la ciudad, sin dueño, sin comité organizador, sin presupuesto oficial, y sin académicos que la piensen.

Bibliografía citada

- Adell Castán, José Antonio, y Celedonio García Rodríguez. 1988. *Fiestas tradicionales del Altoaragón*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Almarales Díaz, María José. 2004. *Ángeles Somos al Halloween Venimos*. Tensiones Culturales en Barranquilla 1950-2004. Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia.
- . 2005. "¡Happy Halloween, at the Anglo American Club! Una aproximación a las dinámicas de cambio cultural en Barranquilla 1950-1970," en *Memorias. Revista digital de historia y arqueología desde el Caribe*. http://www.uninorte.edu.co/publicaciones/memorias/memorias_5/articulos/Angelitos.pdf.
- Bateson, Gregory. 1998. [1972]. *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.
- Best, Joel, y Gerald T. Horiuchi. 1985. "The Razor Blade in the Apple: The Social Construction of Urban Legends", en *Social Problems* 32, 5:488-499.
- Bonewits, Isaac. 2004. "The Real Origins of Halloween," 1998 y 2004. <http://www.neopagan.net/Halloween-Origins-text.html>.
- Cattabiani, Alfredo. 1990. [1988]. *Calendario: las fiestas, los mitos, las leyendas y los ritos del año*. Milano: Rusconi.
- Cohen, Hennig, y Tristram Potter Coffin. 1991. *The Folklore of American Holidays*, 2ª edición. Detroit, Mich.: Gale Research Co.
- Delgado Ruiz, Manuel. 2002. *Disoluciones urbanas*. Medellín: Universidad de Antioquia - Universidad Nacional de Colombia.
- Ferraro, Emilia. 2004. *Reciprocidad, don y deuda. Formas y relaciones de intercambios en los Andes del Ecuador: la comunidad de Pesillo*. Quito: FLACSO - Abya Yala.
- Gil Calvo, Enrique. 1991. *Estado de fiesta: feria, foro, corte y circo*. Madrid: Espasa Calpe.
- González Pérez, Marcos. 1993. "El calendario festivo", en *Los imaginarios y la cultura popular*. Editado por J. E. Rueda Enciso, p. 23-34. Bogotá: CEREC - CODER.
- . 2005. *Carnestolendas y carnavales en Santa Fe y Bogotá*. Bogotá: Intercultura.
- . 2006. "Bogotá, escenario de un carnaval", en *Fiestas y carnavales en Colombia. La puesta en escena de las identidades*. Editado por E. J. Gutiérrez S. y E. Cunin, p. 171-190. Medellín: La Carreta - U. de Cartagena - IRD.
- Goslin, David A. 1969. *Handbook of socialization theory and research*. Chicago: Rand McNally.
- Lévi-Strauss, Claude. 1995. "Father Christmas Executed", en *Unwrapping Christmas, Oxford Studies in Social and Cultural Anthropology*. Editado por D. Miller, p. 38-51: Clarendon Press.
- Lofland, Lyn H. 1973. *A World of Strangers: Order and Action in Urban Public Space*. Prospect Heights, IL: Waveland.
- López Cantos, Ángel. 1992. *Juegos, fiestas y diversiones en la América Española*. Madrid: MAPFRE.

- Mauss, Marcel. 1924. [L'Année Sociologique, seconde série, 1923-1924.]. *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*.
http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html.
- Miller, Daniel. ed. 1995. *Unwrapping Christmas. Oxford Studies in Social and Cultural Anthropology*. Clarendon Press.
- Miñana Blasco, Carlos. 1997. *De fastos a fiestas. Navidad y chirimías en Popayán*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- . 2002. "Escuela modernizadora, escuela folclorizadora. Sobre usos, abusos y desusos de fiestas en la escuela." *III Encuentro para la promoción y difusión del patrimonio folclórico de los países andinos. Influencia y legado español en las culturas tradicionales de los Andes americanos, Granada, España, 2002*, p. 368-386.
- Moore, Sally F., y Barbara G. Myerhoff. eds. 1977. *Secular ritual*. Asen, Amsterdam: Van Gorcum.
- Müller, Jan Marco. 2001. "Grandes centros comerciales y recreacionales en Santafé de Bogotá: Origen, características y tendencias de desarrollo", en *Revista Perspectiva Geográfica* 3.
- Muñoz Vila, Cecilia, y Ximena Pachón. 1996. *La aventura infantil a mediados de siglo. Los niños colombianos enfrentan cambios sociales, educativos y culturales que marcarán su futuro*. Bogotá: Planeta.
- Pérgolis, Juan Carlos, Danilo Moreno Hernández, y Luis Fernando Orduz G. 1998. *La ciudad de los milagros y las fiestas: redes y nodos en las creencias y la rumba en Bogotá*. Bogotá: Observatorio de Cultura Urbana: TM Editores.
- Rogers, Nicholas. 2002. *Halloween. From Pagan Ritual to Party Night*. Cary, NC, USA: Oxford U. Press.
- Skal, David J. 2002. *Death makes a holiday. A cultural history of Halloween*. New York: Bloomsbury.